

ESTAMPA LIRICA

SEVILLA TIENE UN BESO

EL mes de Abril es como un panal encendido de soles; acaso como un breviario de letanía doliente abierto a las entrañas del corazón. Tiene interés de misterios y tienen un fuerte aroma a menta viva. El incienso también se asocia al perfume áspero del clavel para suavizar un tanto el camino del Deicidio.

Pero Sevilla, en primavera, como ninguna otra población, sabe poner más alma en el empeño; Ella entera, como un solo latido, ebria de luz y color se entrega al Drama con una fé tan íntima, tan honda, y tan particularísima que hace pensar a los otros pueblos cómo puede una ciudad, que intrínsecamente se distingue por su carácter abierto, dado a la bulla y al holgorio, entregarse luego, en estas jornadas, al más patético y conmovedor de los sentimientos.

Si Sevilla no fuera así dejaría de ser Sevilla. De ahí ésta gran personalidad suya. Una Sevilla polifacética, es cierto, pero con todas sus caras magníficas: Es dadivosa con un alto sentido de la caridad; cristiana cien por cien porque ostenta con noble orgullo el sobrenombre de Mariana; ruidosa y recatada a un tiempo porque su corazón, joven siempre tiene coplas y tiene lágrimas; canta cuando hay que cantar y lo hace como nadie; llora y llora como nadie también si la pena la mueve a ello en una medida inconmensurable.

Así la vemos ya en el frontispicio de esta Semana Mayor, que se dispone a seguir los caminos trillados por la horda del Gólgota.

Ya avanza, por la angostura de sus calles, el cortejo procesional. Ya está la multitud abigarrada, las pupilas mitad dolor mitad gozo: Ahora camina el Hijo muy maltrecho por el escarnio; le sigue en la penosa ruta la Madre. Pero en su amargura va tan hermosa, ¡tan hermosa!

Sevilla, en Abril, tiene una primavera espléndida y tiene azahares, y tiene amores y lo que es mejor aún que tiene el beso incopiable, el único beso ancho y hondo que es bálsamo para las heridas del dulcísimo Cordero.

El mes de Abril es como un panal encendido de soles; acaso como un breviario de letanía doliente...

Pero Sevilla tiene un beso.

MANOLA PEREZ DE PEREZ DE VILLAR

12 DE OCTUBRE

FLORES Y AIRES DE HISPANIDAD

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

EN la canción del tiempo, cada año y en esta misma fecha, día de la milagrosa Virgen del Pilar, celebran los pueblos de habla española la gran fiesta de la Hispanidad.

No vamos ahora a entrar nosotros a discernir preferencias o grados de hispanidad, de unos santuarios sobre otros, tarea o labor más propia de eruditos apasionados por esta noble y atrayente idea.

Lo cierto es, que en aquella mañana deliciosa y triunfal, 12 de Octubre de 1492, los marinos de Colón, entre vivos estremecimientos de júbilo, cantan y saludan con alegría dichosa la aurora clara del Nuevo Mundo que amanece en la fiesta mariana consagrada por la iglesia a la Virgen del Pilar.

No podía pensarse en mejores auspicios para el nacimiento de América que este patrocinio amoroso y elocuente de la Santa Madre de Dios.

Ya, antes había florecido en el benéfico corazón de la Reina Católica, campo magnético de la hispanidad, el móvil primero de tan colosal empresa, que no era otro sino el urgente afán evangelizador y apostólico, que derechamente la impulsaba hacia las Indias: Toda la dinámica de la política española en el Nuevo Mundo obedece a dicha genial inspiración y está como concentrada en este bello y feliz pensamiento de Isabel de Castilla: «Nuestra principal intención, dice la Reina, fué, procurar atraer a los pueblos de las Indias a convertir a nuestra Santa Fe Católica».

Aquella maravillosa actividad libre y creadora de nuestros reyes y misioneros, el celo encendido de los conquistadores y gobernantes, giraba en torno de esta fúlgida estrella de la evangelización que ilumina la mente soberana de la gran Reina de Castilla y bañó después, con resplandores de gozo, la grandiosa hermosura del Nuevo Continente.

Y no fué otro el acicate religioso que tan vivamente sentía el César cristiano Carlos V, cuando para liberarse de tan grave responsabilidad decía a los prelados de Panamá y Cartagena: «Mirad que os he echado aquellas ánimas a cuesta; parad mentes que déis cuenta a Dios y me descarguéis a mí». Así era también, la rigurosa consigna dominante en el gobierno de los demás monarcas españoles en Indias, singularmente, los de la casa de Austria. Hasta en la conducta de los conquistadores, tanto resaltaba su genio militar, como el arduo celo apostólico que guiara sus pasos:

Cortés, invocando el nombre bendito de Dios y de Santa María en todas sus empresas, proclama además este ideal misionero, cuando Lope de Vega pone en sus labios las siguientes palabras: «Al Rey, infinitas tierras.— A Dios, infinitas almas». Pizarro, funda la ciudad de Cuzco «en acrecentamiento de nuestra Santa Fe Católica» y da preferencia a las construcciones de templos sobre las obras civiles, porque a semejanza de las grandes hogueras eucarísticas San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, para el conquistador trujillano, el Sacramento del Altar, era un signo de apretada unidad entre indígenas y españoles. Balboa al descubrir el Pacífico, hinca sus rodillas y bendice a Jesucristo y a su madre y espera ganar para Dios el dominio de aquellas tierras y mares. O como Menéndez de Avilés, conquistador de la Florida, que hace promesa solemne «para meter el Evangelio en aquellas tierras». La relación se haría interminable, casi infinita.

De este modo, los conquistadores del Nuevo Mundo no hicieron más que interpretar fielmente el pensamiento religioso de la Reina Católica, y seguir el ejemplo de Colón al desembarcar por vez primera en aquellas tierras venturosas que denominó San Salvador.

Hoy, ningún historiador sincero, pone en duda esta permanente misión civilizadora de España en el Nuevo Mundo en los siglos de su dominación.

Por ello, una vez más, hemos de recordar la tesis armoniosa y clara del Cardenal Gomá en su intervención brillante del Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, el 12 de Octubre de 1934.

Porque América, dice este insigne purpurado español, es la obra de España. Esta obra de España, es esencialmente de catolicismo. Luego, —concluye diciendo—hay relación de igualdad entre hispanidad y catolicismo, y es locura todo intento de hispanización que lo repudie.

Mas, convengamos, que para entender y valorar la cruzada prodigiosa llevada a feliz término por España en América, hay que estudiar su acción creadora como misionera, antes que conquistadora. La conquista se puso al servicio de la evangelización y del engrandecimiento

de los pueblos americanos: No hay otra fórmula que explique la presencia real de España en el Nuevo Mundo.

España, llevó a las tierras recién descubiertas, las luces de nuestra fe católica, romana y papal; las claridades de nuestra ciencia: las bellezas de nuestro idioma; el trabajo de nuestros artesanos; la labor de nuestros campesinos; el esplendor de nuestras artes; la organización política de la metrópoli; las recias virtudes de nuestros santos; el sacrificio incomparable de nuestros misioneros; el heroísmo de nuestros soldados y navegantes inmortales.

Toda el alma apostólica y teologal de España quedó prendida como una linda flor en las tierras opulentas de América:

La devoción al Sacramento del Altar y a María Inmaculada, las numerosas advocaciones de la Virgen como la universal de Nuestra Señora de Guadalupe, que llevaron los conquistadores extremeños; la rica espiritualidad de la familia española; el noble orgullo gremial; los estilos más florecientes de la arquitectura patria, acomodados al aire indígena; el amplio espíritu religioso y humano de nuestras leyes, sintetizado en las de Indias, la obra más colosal de la sociología católica en todos los tiempos; el saber de nuestras famosas Universidades; el esplendor del culto católico, hasta el extremo que algunas capitales de Hispanoamérica, hacían competencia en riqueza y suntuosidad a las de Toledo, Sevilla y otras, en las impresionantes procesiones del Corpus... De todas sus fragancias próceres, hizo España un venturoso trasplante en el alma de los indios, haciéndoles ver, que su arcilla pecadora y frágil como la nuestra, era capaz de una redención copiosa.

Aquellos valerosos capitanes españoles, se complacían en proclamar el reinado de Jesús y de María en el Nuevo Mundo, designando con estos nombres ciudades y aldeas, a los puertos y cabos, a las bahías, ríos, islas, montañas, a las Universidades, a las diócesis, a las catedrales, quedando tan vasto territorio florecido de candorosas advocaciones de la Virgen y de santuarios marianos, como de estrellas lo estaba el cielo azulado.

Cuando el gran Pontífice Pío IX, consultó a los Obispos del orbe, sobre la Concepción de la Virgen, un Obispo peruano contestó: «Nuestra América recibió de España con la fe católica, la fe de la preservación de María de la original culpa».

Ningún pueblo como España ha sido tan leal y generoso con los aborígenes, hasta el punto que se prohibía el embarque de españolas solteras para que el español matrimoniara con las mujeres indígenas, naciendo así la robusta raza criolla.

¿Queremos conocer la magnitud de la empresa de España en Amé-

rica? Pues oigamos las palabras del historiador Gómara, dirigidas a Carlos V: «La mayor cosa de la creación del mundo, sacando la encarnación y la muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias».

¡Gratitud eterna deben los pueblos de América a esta santa y gloriosa Madre España! Y del corazón ardoroso de todos ellos, parece que salta esta exclamación primorosa del ecuatoriano Montalvo:

«¡España! Lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de ti lo tenemos, a ti lo debemos. El pensar grande, el sentir animoso, el obrar justo, en nosotros, son de España, gotas purpurinas, son de España. Yo, que adoro a Jesucristo; yo, que hablo la lengua de Castilla: yo, que abrigo las afecciones de mi padre y sigo sus costumbres, ¿cómo haría por aborrecerlas?».



NOCHE DE AMOR

Te conocí junto al mar
 en noche de luna clara.
 Llegaba el viento cargado
 de una sensual vaharada
 de sal y yodo. Las olas
 con dulce rumor besaban
 las arenas relucientes
 de la cantábrica playa.
 A lo lejos se veían
 unas casitas muy albas,
 entre jirones de niebla,
 blancos de luna de plata.

Te conocí aquella noche...
 ¡Qué gozo sintió mi alma
 ante tu cuerpo de diosa
 y tu carita de nácar
 y tus cabellos de oro
 y tus manos delicadas!..

Tu fina mata de pelo
 al viento se alborotaba,
 poniendo en tu rostro pálido
 una aureola de gracia.

Una promesa de amor,
 en la noche sosegada,